

## Una escaramuza literaria

### *El efecto Bilbao*

JUAN JOSÉ FERRO

Destiempo Libros, Bogotá, 2015, 150 pp.

PARA REALIZAR esta reseña sobre la primera novela del bogotano Juan José Ferro, me ha parecido prudente seguir la estructura sucinta que aconseja Darío Jaramillo: el reseñista, recomienda el poeta, “debe decir qué tiene un libro por dentro, quién o quiénes lo escribieron, a qué se parece —qué libros hay semejantes o complementarios—, cómo le parece el libro al reseñista y por qué”. Este sabio consejo le evitará al lector, al menos al comienzo, la cascada de adjetivos que se atraviesan en la mente después de someterse a la lectura de esta obra.

¿Qué tiene el libro por dentro? Tiene la historia de Martín González, arquitecto español cosmopolita, y su relación con Aránzazu, crítica, editora, bloguera, golosa y de alguna manera, siempre trunca, amante de Martín. Por las hendijas de las densas conversaciones de ellos dos —enmarcadas en un viaje perenne entre ciudades, hoteles y aeropuertos, de Madrid a Nueva York, de Minneapolis a Chicago o Milwaukee—, aparecen algunos personajes secundarios. Martín está casado, ya no en primeras nupcias, con Maribel a secas. Tiene tres hijos: uno varón, sin nombre, sujeto a desequilibrios nerviosos, medicado, y dos hijas volantonas, una de las cuales es futbolista. Aránzazu está escribiendo un libro sobre arquitectos contemporáneos importantes, Martín uno de ellos, y con él emprende una agotadora correría visitando edificaciones y museos con un objetivo adicional: encontrarle en Manhattan una oficina con estatus para su firma internacional de arquitectura, cuyos hilos financieros manipula Maribel. El libro de Aránzazu sobre la arquitectura española es hilo conductor o por lo menos motivo recurrente en la novela, y alrededor de esta excusa se teje una infinidad de narraciones. Echo mano de la contracarátula del libro para copiar lo que con precisión anota Antonio Muñoz en ella: “Los personajes de *El efecto Bilbao* viven

en una variedad narrativa de lo imposible: mantener una conciencia plena y vigilante de todo, de cada estampa y cada lugar del mundo exterior y cada pensamiento y cada sensación”. La narración se enmarca en estos tiempos de celular y chats, correos electrónicos y páginas web, y el tono literario, ya veremos, está en la misma onda.

En la forma, el libro es de tipografía claustrofóbica y puntaje de letra no muy generoso. La división de los capítulos, o escenas, se logra mediante espacios, sin títulos o números, y aunque al principio las parrafadas ocupan varias páginas, a medida que el final se acerca los “capítulos” se vuelven más cortos, como si fueran anotaciones que aportan información valiosa pero escueta. El trabajo de edición es laxo y la prosa parece haber quedado bajo la responsabilidad plena del autor.

¿Quién o quiénes lo escribieron? Juan José Ferro Hoyos (Bogotá, 1988) se graduó como abogado y politólogo de la Universidad de los Andes, y en el momento en que escribo esta reseña está próximo a cumplir los treinta años. Se lanzó a trabajar en la novela después de cursar la maestría en escritura creativa en español, en la Universidad de Nueva York. En sus palabras, *El efecto Bilbao* trata de llevar al terreno literario el acto humano de apreciar una construcción arquitectónica.

¿A qué se parece —qué libros hay semejantes o complementarios—, cómo le parece el texto al reseñista y por qué? *El efecto Bilbao* se parece a una novela; sin embargo, a mi entender, esta ópera prima suena inacabada. La tensión es mantenida por la ansiedad del lector al querer encontrar un verdadero hilo conductor, un aliento que le insuffle vida al barro de los personajes, una emoción profunda que conmueva. Transcribo de mis notas al leer el libro: “página 79 y sigo buscando una trama, un *plot*, una emoción genuina. Estoy perdido. ¿Quizás más adelante?”. Pero llegué al final con la misma sensación de haberme saturado de datos y sucesos que no me dicen mucho.

Sí, hay libros semejantes en la intención de romper la estructura clásica; parecidos por cuanto se enfocan empecinadamente en lo particular y detallado de la cotidianidad para llegar a lo universal o similares, en el intento de utilizar con desenfado el

lenguaje coloquial contemporáneo. Pero no basta la intención si el texto no adquiere la magia imponderable de sumergirnos en mundos novedosos, o no alcanza a mostrarnos una faceta diferente de la vida a través de estas formas en apariencia nuevas.

Intuyo que la falencia radica en el uso del lenguaje. Solo soy un “leedor” algo anticuado y no tengo herramientas académicas para hacer una crítica, pero arriesgo opiniones de lector. Siento que el autor parece no encontrarle belleza a la sintaxis. Se puede romper la estructura románica y hacer ojivas góticas, aceptado, pero hay que asegurarse de que puedan soportar el edificio. Podría haber sido un ejemplo de literatura fractal, pero se queda solamente en el fragmento. Desafiar las reglas usuales del idioma, según las cuales este se acomoda al orden clásico de sujeto, verbo y predicado, no tiene inconveniente si ello cumple una función. Pero cuando se quebranta la usanza que en español sugiere que toda oración tenga un sujeto claro, la mente se confunde inútilmente y se irrita por no poder entender lo que se dice. Pongamos un ejemplo del comienzo del libro, primer párrafo:

Desde el lugar donde desayuna Martín ve a Aránzazu entrar y, en vez de averiguar con el mesero que sale a su paso, recorre el lugar con paso rápido y el gesto ansioso de quien ha olvidado la billetera en una mesa cualquiera. (p. 7)

El “su” de ella, que en inglés, “her”, sería tan evidente, aquí ya no lo es tanto, así que es difícil saber si es Martín quien recorre el lugar o es la chica. El inciso entre las comas no ayuda a darle fluidez sintáctica y estética a la frase. Y al respecto, otro ejemplo: “Contrario a lo que prometía el cierre de su conversación, poco después de que empezaran a hacer ruido de ponerse en marcha los vecinos, tuvieron una rápida escaramuza genital” (p. 87).

Ellos, Martín y Aránzazu, conversan en un restaurante y están a punto de abrir una galleta china de la suerte. Mi profesora de redacción en la primaria habría sugerido que no siempre vale la pena interrumpir la idea para insertar en ella un comentario de quien narra. Seguramente la maestra también habría dudado, en el contexto,

NOVELA		RESEÑAS
<p>qué sería aquello de “una rápida escaramuza genital”. Intercalar por hábito los comentarios del narrador en el flujo de la idea y de la frase es como si Shostakovich, cada seis compases, tuviera que decirle al público “aquí está mi sufrimiento con Stalin”, y continuara la frase musical... ¿Qué quedaría de la sinfonía? Las glosas y ocurrencias tienen otro sitio para que el narrador omnisciente, aunque lo sea, no parezca un sabidillo impertinente.</p> <p>Así como las frases musicales de una obra vocal adquieren elegancia si el cantante entrenado no inhala abruptamente en medio del compás, se debe evitar que las comas-zancadilla afeen una frase y entorpezcan su sentido. Verbigracia cuando Aránzazu, al hablar de su madre, se lamenta: “Ella, en cambio, era desde el quejido donde ejercía su poder sobre una casa, la nuestra, demasiado grande para una familia de solitarios” (p. 22). Si bien es cierto que los personajes principales preparan aforismos de antemano para comunicarse, el lenguaje de la frase anterior no es ni una sabia sentencia ni es parla coloquial.</p> <p>Posiblemente las sutilezas de la posmodernidad me sean ajenas, pero creo percibir la influencia de Facebook en el texto: el estilo de <i>El efecto Bilbao</i> se parece a veces a las desordenadas entradas por entregas, en el mismo lenguaje insonoro y prosaico de las redes, como un <i>stream of consciousness</i> urgente, anecdótico, sin sustrato poético.</p> <p>Le pedí a un buen lector, amigo mío, que leyera desprevenidamente algunas páginas y comentó sin sorna alguna: “¿No será que se consigue una traducción más cuidadosa?”. Le explique que el libro estaba originalmente escrito en español, y discutiendo me dio una clave interesante: <i>El efecto Bilbao</i> es hijo del spanglish. Quizás lo sea. Al menos la palabra “barbeque” (p. 120) no es ni un <i>barbecue</i> de jardín gringo, ni una barbacoa de terraza castellana. Lo cierto es que hay construcciones del tipo: “persona a enterrar” (p. 75), “jóvenes arquitectos a seguir” (p. 78), o “edificios a visitar” (p. 124), que manifiestan la influencia de otras lenguas, lo cual desde luego no es pecado, aunque no son aconsejables por la simple razón de que son feas. Pero en cuestión de gustos...</p>	<p>Juan José Ferro es, sin duda, un agudo observador. Su amor por la minucia y el detalle es innegable. El trabajo de escribir una novela es meritorio. Sin embargo, habría podido dejarla madurar para que, por ejemplo, el final no pareciera atornillado abruptamente por la premura de terminar el libro. O hubiera cavilado sobre la frase que aquí entrego al lector como un epílogo: “A media cuadra de su casa, Aránzazu vomita en una caneca el menú de platos minúsculos pero no para compartir” (p. 82).</p> <p style="text-align: center;"><b>Ignacio Zuleta Ll.</b></p>	